

Ismaíl Kadaré

El Palacio de los Sueños

Traducción de
Ramón Sánchez Lizarralde



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Pallati i Ëndrrave*

Primera edición: 2007
Cuarta edición: 2020
Quinta reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Le Palais des Rêves. Copyright © Librairie Arthème Fayard, 1990.
All rights reserved

© Herederos de Ramón Sánchez Lizarralde
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-541-0
Depósito legal: M. 28.518-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Nota del traductor

El Palacio de los Sueños

- 17 1. La mañana
- 54 2. Selección
- 92 3. Interpretación
- 140 4. El día de descanso
- 158 5. El Archivo
- 187 6. La cena
- 226 7. La aproximación de la primavera

Nota del traductor

Como se dijo en la «Nota del traductor» que comentaba las tres primeras entregas de esta Biblioteca Kadaré en 2001, fue la sucesiva aparición de la serie *Vepra (Obras)* del autor, simultáneamente en albanés y francés, a cargo de la editorial Fayard, lo que hizo posible que Ismaíl Kadaré fuera dando la revisión definitiva a su ya extensa y variada obra, relativamente dispersa por un lado, pero también, en el caso de no pocas de sus novelas, sometida a sucesivos cambios y variaciones dependiendo de las circunstancias concretas de aparición.

Tal como se informaba entonces: «En la mayoría de los casos se trata de enmiendas y arreglos de carácter estrictamente estilístico; en algunos se llega a la reconstrucción de ciertos personajes y de pasajes con los que Kadaré no estaba enteramente satisfecho; y en otras ocasiones, por fin, las transformaciones consisten, de un lado, en devolver a los textos su primitiva redacción, alterada por el propio autor por motivaciones debidas

a la censura o la conveniencia política con el fin de lograr la supervivencia de la obra después de haber sido ésta criticada, y de otro, en prescindir de elementos que tenían desde el comienzo por principal objeto hacerla publicable bajo las condiciones del régimen de entonces.

»En todas las oportunidades, a juicio de este lector-traductor, dichas revisiones han traído consigo una mejora de los libros, sin que nunca hayan llegado a afectar a su estructura ni a su esencia».

A su vez, la feliz decisión de Alianza Editorial de emprender y mantener una colección de bolsillo con la obra de Ismaíl Kadaré viene proporcionando la posibilidad de actualizar los textos de sus novelas, aparecidas en España y en castellano a partir de la década de los ochenta con arreglo a las versiones disponibles en cada caso y momento, y de fijarlas de acuerdo con la definitiva redacción a que nos referíamos.

Por fin, el traductor, que comenzó a poner en castellano la obra de Kadaré en 1989, está disponiendo también de la envidiable oportunidad (ya vamos por nueve entregas) «de revisar su propio trabajo anterior, de corregir errores y desaciertos, de pulir rigideces o deficientes interpretaciones, de actualizar en suma, con arreglo a sus conocimientos y aptitudes actuales, textos con los que inició, no sin cierta torpeza en ocasiones, su trabajo de vertido de la amplia y original obra literaria de Kadaré a la lengua castellana».

«Se trata además, y esto es lo fundamental, de una oportunidad, que debemos agradecer a la editorial, de restituir a los lectores diversas novelas del autor que, por

diversas razones no literarias, habían desaparecido de las librerías y de los fondos editoriales.»

«Hacia tiempo que me seducía el proyecto de un infierno. Sabía que era difícil, por no decir imposible, tras los grandes arquitectos anteriores, después de los anónimos egipcios, de Homero, de San Agustín, del Dante, crear un proyecto original. Por eso cuando comencé a escribir *El Palacio de los Sueños* o, más exactamente, mientras concebía los capítulos intermedios, con gozo y miedo simultáneos, comprobé que sin proponérmelo estaba realizando mi viejo sueño: en toda la estructura de mi novela, como en segundo plano, destacaba el infierno. Cuanto más lo pensaba, más claro se me hacía: era una suerte de reino de la muerte donde, si no nosotros mismos, se encontraban nuestro dormir y nuestros sueños, por tanto, una parte nuestra estaba ya del otro lado mientras nosotros permanecíamos aún en éste. Todos los elementos del infierno de los antiguos griegos estaban allí... Pero sobre todo aparecía una suerte de gradación administrativa, a través de cuyos sectores pasaban, eran analizados e interpretados los sueños, lo que aproximaba aún más el edificio del Palacio de los Sueños a la estructura inferior del infierno dantesco...»

Con estas palabras, procedentes de su ensayo *Invitación al estudio del escritor*, se ha referido Kadaré a uno de sus logros narrativos más perfectos e inquietantes, seguramente su mejor alegoría del poder totalitario y también la novela que le colocó en posición de mayor riesgo al ser publicada en 1981.

Según todos los indicios, el autor ya tenía en mente el germen de este relato desde 1972-1973, y se alude a ello en *El Nicho de la Vergüenza*, en 1974 y otras ocasiones posteriores. De hecho, los dos primeros capítulos aparecieron en los años setenta en una colección de relatos. Luego se añadió el resto de la historia y la novela, bajo el título de *El funcionario del Palacio de los Sueños*, se publicó completa, bajo su forma actual en su mayor parte, en el otoño de 1981, pocos meses antes de que se iniciara un nuevo proceso de agudización de las tensiones en el interior del régimen. En 1982, en plena oleada de intimidación, Kadaré es criticado públicamente y en un tono que no deja lugar a dudas sobre el riesgo que está corriendo; sólo el miedo al escándalo y la presión internacional que se moviliza impiden que el régimen tome medidas más drásticas.

El Palacio de los Sueños fue condenada al silencio durante los siete años posteriores y cuando, en 1988, se volvió a publicar en Tirana, lo hizo con la advertencia final de haber sido «revisada» por el autor.

En esta novela, ágil, redonda, turbadora, una de las más traducidas por todo el mundo y repetidamente reeditada, Kadaré da muestras de sus mejores dotes narrativas, de su don para proyectar sobre hechos y personajes esa luz peculiar que emana de sus ojos y que penetra en las caras inéditas de la realidad. Aquí aparece el autor en su mayor talla, conduciendo al lector con mano segura por un laberinto alucinante, administrando impecablemente la cadencia del relato, del sosiego a la angustia, de lo trivial a lo trascendente, y siempre con pleno control de la narración al servicio de su objeto.

La presente edición castellana de *El Palacio de los Sueños* es la misma que apareció, en 1999, en la colección Letras Universales de la editorial Cátedra, con la sola diferencia de que se prescinde aquí, por razones evidentes, de la larga introducción y de las notas que se incluían en aquella. La traducción procedía (y por tanto procede) de la publicada por Anaya & Mario Muchnik en 1990. Como se decía en la anterior oportunidad: «... Los escasos cambios introducidos se deben a dos motivos: por un lado, a los realizados en la última versión albanesa (*Vepra*, tomo 3, Fayard, 1995) por el propio autor, que consisten sobre todo en mejoras de estilo y de léxico (reconstrucción de frases y algunos párrafos, sustitución de ciertos términos por otros más precisos o adecuados) que no varían en nada esencial el texto a partir del cual se tradujo la anterior versión española. En segundo lugar, a la depuración del texto castellano por el traductor, que ha procurado detectar erratas, errores y decisiones apresuradas o discutibles para darles nueva solución. Aunque en cada lectura atenta de un libro –y de un libro como éste en particular– se duda de las decisiones concretas que se adoptaron años atrás y eso mueve al deseo de reelaborar muchos pasajes y giros, el traductor ha procurado en esta ocasión contener esos impulsos y se ha limitado a variar sólo aquello que le ha parecido imprescindible, que ha sido poco».

Ramón Sánchez Lizarralde
Madrid-Soto de Agues, enero de 2007

El Palacio de los Sueños

1. La mañana

La mañana era húmeda y ventosa. Los edificios macizos, que se alzaban directamente sobre el movimiento de la calle, con sus grandes portones y ventanales cerrados tornaban aún más gris el comienzo del día.

Mark-Alem se abrochó el último botón del abrigo ciñéndose el cuello, observó los faroles de hierro de la calle y la escasa aguanieve que flotaba envolviéndolos y sintió un estremecimiento.

Las calles, como de costumbre a aquella hora, estaban repletas de funcionarios que se apresuraban para llegar a tiempo de cumplir el horario oficial. Dos o tres veces le asaltó la duda de si no había debido coger un coche de punto. El camino hasta el Tabir Saray¹ resultaba más largo de lo que había imaginado y, además, podía dar un resbalón en el empedrado, cubierto por una pátina de nieve a medio fundir.

1. *Tabir Saray*: Palacio de los Sueños. (N. del T.)

Pasaba ante la Banca Central. Más allá se divisaba una larga hilera de coches de caballos envueltos en la bruma frente a otra edificación de cuatro plantas; se preguntó qué ministerio sería.

Alguien resbaló delante de él. Mark-Alem presenció cómo en el último instante lograba a duras penas recuperar el equilibrio para no acabar de caer, se incorporaba rápidamente maldiciendo entre dientes y, mirando ora su capa embarrada, ora el lugar del resbalón, continuaba su camino como si le persiguieran. Cuidado, se dijo Mark-Alem, sin saber él mismo a quién dirigía su advertencia, si al desconocido o a sí mismo.

En realidad no había razón para inquietarse tanto. No sólo no le habían fijado una hora precisa para presentarse sino que ni siquiera tenía la certeza de que fuera necesario que lo hiciera a lo largo de la mañana. De pronto se dio cuenta de que no sabía nada acerca de los horarios del Tabir Saray.

Tenía la sensación de que llevaba aún en el rostro la sonrisa zumbona con la que tenía la impresión de haberse despertado aquella mañana. Se había levantado de la cama para dirigirse apresuradamente al Tabir Saray, el célebre organismo que se ocupaba del dormir y de los sueños, cosa que bastaría para provocar en cualquiera que se encontrara en su lugar, junto con cierto desconcierto, una especie muy particular de sonrisa. Aquella era la última noche en que había podido disfrutar del sueño verdaderamente humano. A buen seguro que de ahora en adelante todo cambiaría. Resultaba en todo caso extraño, aunque él sentía demasiada angustia para sonreír verdaderamente.

En algún lugar hacia la izquierda, un reloj dio la hora con un sonido broncíneo, como si actuara por su cuenta, allá entre la niebla. Apretó el paso. Hacía rato que llevaba alzado el cuello de piel de la pelliza y, no obstante, su mano trazó el movimiento maquinal de levantarlo. La verdad es que el frío no lo sentía en el cuello sino en algún punto entre las costillas. Metió la mano bajo el bolsillo interior y comprobó que llevaba consigo la carta de recomendación.

Los transeúntes le parecieron de pronto más escasos. Los funcionarios ya están en sus correspondientes oficinas, pensó con alarma, pero se tranquilizó enseguida: a fin de cuentas, él no tenía nada que ver con las prisas de ellos. Aún no era funcionario.

Le pareció distinguir a lo lejos una de las alas del Tabir Saray. Al acercarse un poco más comprobó que no se había equivocado. Efectivamente era el Palacio, con sus cúpulas pálidas, pintadas de un color que en otro tiempo debió de ser azul.

Atravesó una plazoleta semidesierta donde se alzaba una mezquita con dos minaretas asombrosamente delgadas. Las dos grandes alas del edificio se extraviaban entre la llovizna, mientras el cuerpo central parecía arrastrado hacia adentro, como si hubiera retrocedido ante algo. Mark-Alem sintió crecer rápidamente la angustia en su interior. Una larga hilera de entradas se alzaban idénticas una junto a la otra, mas al aproximarse comprobó que no se trataba realmente de entradas sino de portales condenados con los batientes empapados, largo tiempo sin abrir.

Caminó en dirección paralela a la fachada, observando de reojo la hilera de portales solitarios. Un hombre

con la nariz y las manos enrojecidas por la helada pareció brotar junto a él.

—¿Por dónde se entra? —le preguntó Mark-Alem.

El hombre le señaló con la mano hacia la derecha. La manga de su vestidura era tan ancha que no llegó a tomar parte en el movimiento del brazo. ¡Oh, Dios!, todavía estas vestiduras, pensó Mark-Alem mientras caminaba en el sentido que le había indicado la mano delgada que se extraviaba en aquella manga monstruosa. Al poco rato oyó de nuevo unos pasos junto a él. Era otra vez el hombre de la capucha.

—Por aquí —le dijo—. La entrada de los funcionarios es por aquí.

A Mark-Alem le gustó que le tomara por funcionario. Por fin se encontró ante el acceso. Las hojas de la puerta parecían muy pesadas. Eran cuatro, todas iguales, con reacios picaportes de bronce. Empujó una de ellas que, para su sorpresa, se abrió con mucha más facilidad de lo que esperaba, y penetró en una galería helada, cuyo techo altísimo le daba el aspecto del fondo de un pozo. Una larga sucesión de puertas apareció ante él. Las empujó una tras otra hasta que una de ellas cedió, dándole paso a un nuevo corredor, menos frío que el anterior. Detrás de una cristallera divisó por fin gente. Estaban reunidos en un círculo y debían de ser conserjes o, en todo caso, funcionarios destinados al servicio de recepción, pues vestían una suerte de uniforme de color azul pálido, semejante al de las cúpulas del palacio. Le pareció incluso distinguir de modo fugaz en sus atuendos manchas parecidas a las que creía haber visto desde lejos en las cúpulas debidas acaso a la humedad. Mas no tuvo tiempo de fijarse bien en todo ello, pues los

individuos uniformados interrumpieron la conversación en la que estaban enfrascados y alzaron los ojos hacia él con gesto inquisitivo. Mark-Alem abrió la boca con intención de saludarlos pero, tan francamente se apreciaba en sus miradas el disgusto por la interrupción que, en lugar de desearles buenos días, pronunció únicamente el nombre del funcionario ante el que debía presentarse.

–Ajá, eso es para un nuevo empleo –dijo uno de ellos–. Planta baja a la derecha, puerta once.

Como todo aquel que atravesó por vez primera el umbral de una oficina gubernamental importante, con más razón él, que acudía con el corazón en un puño ante la incertidumbre de si le admitirían o no, Mark-Alem hubiera deseado, antes de continuar adelante, intercambiar unas palabras con las primeras personas que encontrara, pero ellos parecían tan impacientes por reanudar la maldita charla interrumpida por su aparición, que echó a andar hacia el corredor interior como si le fueran empujando.

–Por allí no, a la derecha –escuchó a sus espaldas. Sin volver la cabeza, caminó en dicha dirección y sólo el aturdimiento y el temblor frío que le recorría el cuerpo le impidieron sentirse ofendido.

El pasillo era largo y sombrío. Las puertas desembocaban en él por decenas, altas y sin numeración. Contó once y se detuvo. Antes de llamar hubiera querido preguntar para asegurarse una vez más si era en efecto aquélla la oficina del hombre que buscaba. Pero en el largo corredor no se apreciaba el menor rastro de presencia humana. Tomó aliento, extendió la mano y llamó muy quedamente. Del interior no llegó ninguna respuesta. Miró a derecha e izquierda y volvió a llamar, esta vez con más fuerza. De

nuevo sin respuesta. Tras la tercera llamada infructuosa empujó la puerta y, para su sorpresa, ésta se abrió sin dificultad. Aterrado, quiso cerrarla de nuevo, incluso extendió el brazo para atrapar la hoja que continuaba abriéndose con un chirrido plañidero, pero en ese instante sus ojos advirtieron que la estancia estaba desierta. Permaneció un rato dudando si entrar o no en aquel despacho vacío. Ningún reglamento o normativa aplicable a un caso semejante acudía a su memoria. La puerta dejó por fin de gemir. Con los ojos inmóviles observó los largos bancos que se alineaban contra la pared en la dependencia vacía. Esperó aún en el umbral, después su mano tocó la carta de recomendación que llevaba en el bolsillo interior, se armó de valor y entró. Al diablo, se dijo. Invocó en su memoria su gran mansión en la Avenida Real, su influyente familia, que se congregaba con frecuencia después de la cena en el gran salón de recepciones. Recordó el descenso de las escaleras cubiertas por una alfombra roja, dos horas antes, al tiempo que su madre y la sirvienta le esperaban para desayunar. Aquel día, antes de dirigirse al comedor, había entrado en la enorme biblioteca cuyo tapiz azul celeste siempre había parecido poseer cualidades sosegantes para la angustia. Pero aquella mañana no fue suficiente. Se había acercado a los estantes de libros para coger, como siempre hacía en casos semejantes, un pesado infolio en cuya cubierta, bajo una enorme *Q* dorada, se leían las palabras *Los Qyprillî desde sus orígenes*. Debajo, con letra inclina-

2. Influyente familia de procedencia albanesa, de cuyos miembros muchos fueron visires, grandes visires, generales y altos cargos a lo largo de la historia del Imperio Otomano, actuando en muchas ocasiones como promotores de importantes reformas. En época contemporánea, un miem-

da, como trazada por una mano veleidosa, de esas a las que los muchos anillos dificultan el manejo de la pluma, aparecía añadido, en francés, *Chronique*.

Mark-Alem aspiró profundamente, como para retener un poco más el recuerdo de su casa, pero éste le abandonaba con rapidez, dejándolo a merced de la angustia. Sus oídos captaron algo semejante a un rumor de voces de procedencia imposible de determinar. Miró en torno y observó que había otra puerta en el interior de la habitación. Las voces parecían proceder del otro lado. Aguardó un buen rato aguzando el oído, pero el murmullo era tan confuso como al principio. Toda su atención estaba ahora concentrada en aquella puerta, tras la cual le pareció que se estaría caliente.

Apoyó las manos en las rodillas y permaneció largo tiempo así, inmóvil. Comoquiera que fuese, se encontraba ya en el interior de un edificio donde escasas personas habían tenido la oportunidad de penetrar. Hasta los ministros, se decía, necesitaban un permiso especial para acceder allí.

Acudió nuevamente a su memoria el grueso volumen que había estado hojeando arrebatadamente, como si de las yemas de sus dedos soplara viento, allá en la biblioteca de su casa. Más que los renglones apretados recordaba las caligrafías, que cambiaban según las manos de que habían sido obra. En la mayor parte de los casos debieron de ser manos de personas que se hallaban en el cre-

bro de dicha familia, Fuad Kupruli —que no aparece en este relato—, historiador, fue uno de los promotores del Partido Democrático de Turquía, después de la II Guerra Mundial. (*N. del T.*)

púsculo de su existencia o en vísperas de la desgracia, justo el momento en que surge incontenible el deseo de dejar testimonio.

Volvió dos o tres veces la cabeza hacia la puerta de la que procedían las voces, pero sentía que sería capaz de permanecer horas, incluso días enteros esperando, antes que levantarse para abrir aquella puerta. Esperaría allí sentado en el largo banco, bendiciendo al destino por haberle permitido encontrar aquella antesala. No había imaginado que pudiera suceder de aquel modo, tan sencillamente. Aunque, a decir verdad, tampoco había sido tan sencillo. Pero bueno, se reprochó a sí mismo, un paseo bajo la lluvia, unos portales cerrados, unos porteros de uniformes verdosos en un vestíbulo desolado, ¿no había sido realmente sencillo todo aquello?

Sin embargo, sin saber por qué, suspiró.

En ese momento la puerta se abrió y Mark-Alem se puso en pie. Alguien asomó la cabeza, le vio y volvió a desaparecer, dejando la puerta entreabierta. Se oyó una voz desde el otro lado:

—Hay alguien en la antecámara.

Mark-Alem no supo cuánto tiempo duró su espera de pie. La puerta había quedado entornada, pero a través de la abertura ya no llegaban hasta él voces humanas, sólo un extraño traqueteo. El hombre que apareció por fin era de corta estatura. Llevaba en una mano un puñado de papeles sobre los cuales, según le pareció a Mark-Alem, se concentraba por fortuna la mitad de la atención del funcionario. No obstante miró hacia él inquisitivamente. Mark-Alem sintió el impulso de pedirle disculpas de algún modo por haberle hecho salir de su despacho, que sin

duda estaba caldeado, pero la mirada del hombre bajito era tal que no se atrevió a abrir la boca. Con un movimiento parsimonioso se limitó a extraer del bolsillo la carta de recomendación y se la tendió. El otro alargó la mano e hizo ademán de cogerla, pero de pronto la retiró como si temiera quemarse. Apenas acercó la cabeza al papel. Mark-Alem creyó distinguir en sus ojos una chispa burlona.

—Ven conmigo —dijo el funcionario, y se dirigió hacia la puerta exterior.

Salió al corredor seguido por Mark-Alem. Durante un trecho, éste se esforzó por recordar el itinerario que seguían de modo que pudiera encontrar la salida al regreso, pero poco después comprobó que el empeño, además de carecer de sentido, era imposible.

El corredor resultó ser más largo de lo que le había parecido al principio. La iluminación se expandía tenuemente desde otros pasillos laterales, por uno de los cuales doblaron al fin. El funcionario llamó a una puerta y entró, dejándola abierta para Mark-Alem. Éste se detuvo indeciso un segundo, pero su guía le hizo una seña de que lo siguiera, así que penetró en el despacho.

Percibió el aroma del fuego antes de sentir su calor. Un gran brasero de cobre estaba instalado en mitad de la estancia. Tras una mesa de madera se sentaba un hombre de rostro ceñudo, extraordinariamente alargado. A Mark-Alem le pareció que sus ojos estaban clavados en la puerta ya antes de entrar él, como si le estuviera esperando.

El hombre bajito, que ya le resultaba familiar a Mark-Alem, se acercó al otro y le musitó algo al oído. Por la forma en que los ojos del rostro alargado continuaban mirando en dirección a la puerta, se diría que alguien es-